



D.L. 5 - 3 - 63 - 10

ISSN 2219-0376



Silvio Mattoni • Man Céspedes • HCF Mansilla • Benjamín Chávez • D. H. Lawrence • Jorge Luis Borges y Betina G. Edelberg • Guillermo Sheridan • Georgette de Camacho • Khalil Gibran Antonio Machado • Jörg Häntzschel • Juana de Ibarbouru

LA PATRIA
SUB-DECANO DE LA PRENSA NACIONAL

suplemento orureño de cultura

año XXIII n° 570 Oruro, domingo 29 de marzo de 2015





Reina (foto sobre tela de 20 x 30 cm)
Erasmio Zarzuela

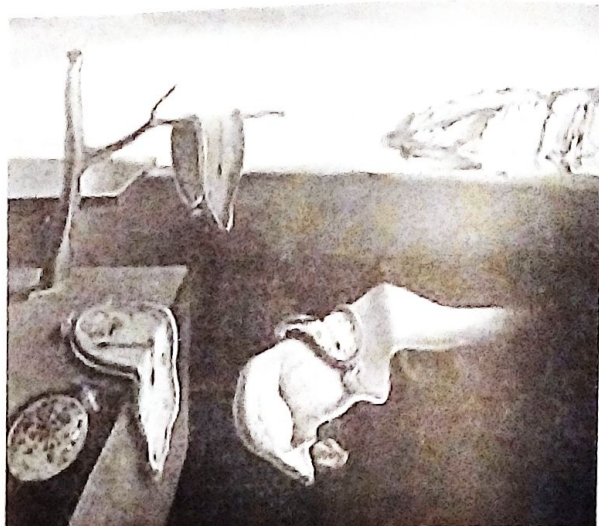
Sentir

En el diccionario de la lengua, "sentir" quiere decir también "escuchar", "percibir con el sentido del oído". ¿Acaso lo sensible, eso que las palabras no llegan a decir, lo que ningún lenguaje sobre el lenguaje alcanza a objetivar, será pues lo meramente audible? Pero no escucho pájaros ni ruidos de agua, sino ese idioma de cuerdas percutidas que es suave y fuerte a la vez, sus blancos y negros, el universo contenido en un sistema de elementos limitados, las teclas, aunque de combinaciones infinitas. Por eso es un idioma: un sistema que crece hasta lo infinito, que es la infinitud en la única manera accesible para el ser limitado que somos.

Silvio Mattoni en *Camino de agua*.

El lance de honor

* Man Céspedes



Ascendí a la más alta cumbre. La montaña se coronó de mi inteligencia, y yo me incorporé en su grandeza.

La eminencia con su altura y mi alma con su conciencia, hicieron un gigante que tenía los pies en el Océano y la cabeza en las nubes.

Mi grandeza fue enorme; mas, se advertía que sólo era la grandeza ilusoria de un coleóptero posado en la cabeza de un saurio —detalle de prolijas sutilezas que no amenguaba la magnitud de mis pensamientos—. Yo me encontraba realmente admirable y en mi encumbramiento, con arrebató olímpico, sentí el vértigo de las alturas artificiales.

En mi fatiga y en mi esfuerzo dejé en el camino la bondad de mi ser, y la cima, gélido ambiente de vanidad y soberbia endureció mi corazón.

La luz de mi buen espíritu se difundió en la mole como el radium en las escorias y las acritudes de las inmensas rocas y las profundas oquedades del abismo infundieron a mi alma sus sombras y deformidades.

El sol, poniéndose tras de mí, con majestuosa lentitud cubrió mis espaldas con un sutil manto de resplandores. Como un rizado perro de aguas, el mar lamía mis calzas de granito, y el cielo convertía las nubes en flores para esparcirlas sobre mi cabeza.

Beodo de terrena grandeza, me sentí supremo, único capaz de hacer eternamente mía la hembra luminosa: la Gloria.

Esta ideología de mente insana, trocó mi alegría de criatura plácida de su gracia verdadera, en saña de bestia insensata, celosa de su poderío imaginario.

Me olvidé de los hombres, ya que no alcanzaban a la dignidad de mi memoria, y me acordé de Dios; pero no con la timidez de los creyentes, sino con la bravura de los poderosos. Me enfadaba la rivalidad de su grandeza, y retándolo por el honor de los cielos, le dije con la voz de trueno de las lóbregas tempestades: ¿Dónde me esperas?

En el lenguaje del símbolo, en el habla inarticulada del verbo sin lengua, mi provocado me contestó: Aquí...

La voz salió debajo de mis plantas. Bajé los ojos, busqué, y sólo vi una brizna de carne pálida y traslúcida, una miseria viviente, la más débil e inofensiva de las criaturas.

El otro, mi rival, me había citado al terreno del gusano. Me estremecí.

Yo no seré quién vaya; pero, cualquier día, un cortejo doliente me llevará encajonado a ese macabro lance de honor.

* Man Céspedes (seudónimo de Manuel Céspedes).
Chuquisaca, 1874-1932.



el duende

director: luis urquieta m.
consejo editor: benjamín chávez c.
erasmo zarzuela c.
coordinación: julia garcía o.
diseño: david illanes
casilla 448 tel/f. 5276816-5288500
elduende@zofro.com
lurquieta@zofro.com

www.lapatriaenlinea.com.bo/elduende



El Duende no mantiene correspondencia obligatoria de publicación con colaboraciones no solicitadas; tampoco comparte necesariamente las ideas expresadas por sus autores.

Breve recordatorio de René Zavaleta Mercado

* H. C. E. Mansilla

Conoci personalmente a René Zavaleta Mercado (1932-1984) durante mi primera estada en México (diciembre de 1978 y enero de 1979). Un compañero de estudios en la Universidad Libre de Berlín, el Dr. René Antonio Mayorga, trabajaba entonces como catedrático titular en la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO), de la cual Zavaleta era director general (y fundador). Mayorga tenía acceso inmediato y permanente a Zavaleta. Se percibía que había entre ambos una buena amistad y un aprecio recíproco. Acompañé a Mayorga en variadas oportunidades a almorzar con Zavaleta en el magnífico restaurante del Colegio de México, que quedaba a poca distancia de FLACSO. Y también compartimos algunas cenas con profesores de instituciones académicas aledañas, como Emilio de Ípola, Juan Carlos Portantiero y Marcos Kaplan, quienes luego tuvieron una gran resonancia intelectual.

Zavaleta era un conversador bien informado y a veces admirable. Mostraba una notable curiosidad por las novedades del ancho mundo. Me llamó la atención su preocupación por temas de filosofía política y por la evolución del sistema socialista y de los estados asiáticos y africanos que habían adoptado modelos autoritarios de socialismo. En ello se parecía mucho al otro gran intelectual boliviano de la izquierda, Sergio Almaraz. Con ambos llegué a discutir amigablemente sobre el llamado marxismo crítico que entonces se propagaba en Europa y los Estados Unidos. Alguien le contó a Zavaleta que yo había visitado detenidamente los países socialistas de Europa Oriental, y me hizo variadas preguntas sobre la praxis cotidiana de aquellas sociedades.

No compartí sus ideas y sus ideales, situados entre el socialismo y el nacionalismo. Pero siempre he admirado su integridad, su calor humano, su inteligencia. Es una pena que un pensamiento marxista, diferenciado y tolerante, como fue el de Zavaleta y Almaraz, alimentado por algunas corrientes del debate mundial, no haya prosperado debidamente en Bolivia. Pero lo más deplorable es que la izquierda boliviana no haya seguido el ejemplo de entereza moral y rectitud profesional de ambas personalidades. Aunque su enfoque no me convenció, reconozco que Zavaleta construyó edificios teóricos de notable solidez, los cuales fueron el fruto de una vida consagrada al saber y a la ingrata república de las letras. Su obra es indispensable para entender la Bolivia contemporánea. Zavaleta Mercado se ha convertido en un clásico de las ciencias sociales. El mejor homenaje a un clásico es un tratamiento crítico de su obra, no uno celebratorio. Así se mantiene vivo su pensamiento. Eso es lo que intento mediante este breve texto.

Pero: los marxistas latinoamericanos y bolivianos -y Zavaleta Mercado no fue, lamentablemente, una excepción a esta corriente- usaban el marxismo como un

instrumento idóneo para explicar su mundo y su época y también para allanar su camino al poder político. Las creaciones institucionales y el espíritu crítico que había generado el racionalismo a partir del siglo XVIII les eran indiferentes. El humanismo ha sido una planta mal adaptada en el clima local. Y esto no se ha modificado sustancialmente hasta hoy. Pese a todo su talento, Zavaleta no practicó una actitud crítica con respecto a una modernización autoritaria, dirigida por un gobierno altamente centralizado y exento de controles democráticos. No lo hizo con respecto al gobierno del Movimiento Nacionalista Revolucionario en Bolivia (1952-1964) y tampoco con referencia a ningún régimen socialista a nivel mundial. Para él las libertades individuales, el *Estado de derecho* y el pluralismo ideológico eran fenómenos muy secundarios. Lo importante para Zavaleta era el *derecho del Estado* de disponer sobre todos los recursos materiales y humanos en pro de las grandes metas históricas. Estas últimas eran definidas por una pequeña élite de iluminados, que, sin consultar a las masas, definía en nombre de estas el futuro de la nación. Casi todos los movimientos izquierdistas de entonces creían que encarnaban las necesidades ineludibles del desarrollo histórico y que, por lo tanto, tenían el derecho de imponer sus designios y propósitos al resto del país respectivo.

En realidad Zavaleta adoptó tícitamente los valores básicos de la cultura política de su época, una inclinación que compartía con otros intelectuales importantes, como Sergio Almaraz y Marcelo Quiroga Santa Cruz. Todos ellos otorgaron poca importancia a los fenómenos de la vida cotidiana y a la mentalidad prevaleciente, ya que esta constituía el "factor subjetivo" o la "superestructura ideológica", que sería barrida del horizonte social por los procesos materiales de la revolución triunfante. La modernidad en su versión occidental trajo consigo algunas características socio-culturales que no fueron aceptadas fácilmente por Zavaleta y sus discípulos porque intranquilizan a los espíritus rutinarios y producen irritación entre intelectuales y los políticos. Por ejemplo: el racionalismo occidental obliga a poner en cuestión lo obvio y sobreentendido y también los fundamentos de la propia consciencia. Esto es probablemente lo que molestaba a Zavaleta Mercado y a los intelectuales izquierdistas.

En todos sus escritos el mismo Zavaleta deja vislumbrar, sin hacerlo premeditadamente, sus ideas vitalistas y teluristas, sus inclinaciones autoritarias, su apego a tendencias elitistas y tecnocráticas, su desdén por la proporcionalidad de los medios y su curiosa fidelidad a una ortodoxia marxista: la populada en su época por la Unión Soviética (repetida sin sorpresas por el régimen cubano) y suavizada y mejorada por Antonio Gramsci. Algunos de estos aspectos pertenecen al núcleo de las tradiciones

culturales bolivianas y latinoamericanas en la difusa esfera del pensamiento izquierdista. Zavaleta no fue, en este sentido, un innovador. Por ello es que él aparece hoy como un cientista social que se consagra a temas que tienen una relevancia restringida y hasta anticuada a nivel internacional, como el sujeto revolucionario, el partido-vanguardia, la autodeterminación de las masas, el poder dual y otros similares. Estos constituyeron los problemas clásicos de la izquierda marxista tradicional y fueron muy discutidos en la primera mitad del siglo XX, pero hoy -salvo en círculos progresistas bolivianos- no interesan a los sectores sociales relevantes ni tampoco tocan fibras emotivas de las masas juveniles contemporáneas. Además: Zavaleta propugna enfáticamente la autodeterminación de las masas, pero, como casi todos los intelectuales progresistas, establece al mismo tiempo la imperiosa necesidad del partido-vanguardia que guíe al proletariado de modo certero.

Ante esta constelación debemos plantearnos una pregunta central: ¿Por qué los libros de Zavaleta Mercado son tan populares? Pese a sus indudables cualidades literarias, los escritos de nuestro autor no se dejan comprender fácilmente. Pudiendo equivocarme, supongo que sólo una fracción reducida de la gente que comenta y alaba a Zavaleta, lo ha leído efectivamente. La difusión de sus obras y el cariño del público se deben probablemente a que Zavaleta reproduce concepciones habituales en torno a la historia, la estructura social, la mentalidad colectiva y al anhelado futuro de Bolivia, pero lo hace por medio de un estilo novedoso, usando una vigorosa retórica de alto nivel teórico y empleando giros y metáforas muy elocuentes que se han convertido en expresiones corrientes del habla académica boliviana. Escribí a propósito "el cariño del público", pues creo que los sentimientos colectivos juegan aquí un rol muy importante, cuando no decisivo. A riesgo de un craso error, afirmo que los textos zavaletianos deben una parte de su éxito al hecho de que comparten los prejuicios de una buena parte de la población porque apelan a la memoria de agravios de la nación profunda, y lo consolidan, en lugar de analizarlo críticamente. Los prejuicios juegan un rol muy importante en la conformación de la identidad y la mentalidad colectivas, pues brindan a cada una de las sociedades un sentido común de familiaridad, confianza y tradición, aunque no sean favorables a un pensamiento crítico.

Zavaleta no abordó los grandes acontecimientos que ya se debatieron durante su vida y que ahora son determinantes en el debate intelectual: la crisis ecológica, la expansión de los estratos medios, el surgimiento de nuevos actores con peso mundial (como varios países asiáticos) y la revolución tecnológica (con sus consecuencias sociopolíticas). Lo que pasó



con el colapso del sistema socialista a nivel mundial (1989-1991) o lo que sucede actualmente con el éxito económico y comercial -de carácter capitalista- en países oficialmente comunistas como China y Vietnam nos muestra, en el fondo, la poca capacidad explicativa de doctrinas como el marxismo o el nacionalismo revolucionario, que fueron los dos impulsos conceptuales más importantes de Zavaleta. Resumiendo la tesis central de este artículo, creo poder afirmar que las doctrinas basadas en el marxismo y en enfoques afines no han resistido la prueba de los tiempos y los embates de la prosaica realidad cotidiana.

* Hugo Celso Felipe Mansilla
Doctor en Filosofía.
Académico de la lengua



René Zavaleta Mercado

Todo un caso

* Benjamín Chávez

Don Pistón Maravilla, chofer profesional a Yungas, 1,47 de estatura, 75 kilos de peso, us del volante, tenía su carro en propiedad. El Rayo Volador, un minibús con motor a diesel, 6 en V, 8 cilindros y un solo pistón: él. Quince asientos pullman, más 2 centrales de madera. Bendecido en Urkupiña, tres piedritas, imitación de las del cerro de Quillacollo, hechas en Taiwán, colgaban de una red y se bamboleanaban de un lado a otro de la palanca de la caja.

Nunca hubo mejor chofer. Jamás tuvo un accidente, hasta el nefasto día en que El Rayo Volador desapareció para siempre en lo más profundo de la selva a millones de metros por debajo del camino. Nunca encontraron su cuerpo ni el de nadie, tal vez porque no buscaron. Tampoco apareció ni un solo fierro volador del Rayo, aunque tiempo después, alguien vio el chasis reparado a combazo limpio en la feria 16 de julio.

Por algún testigo se supo que don Pistón se mantuvo firme al volante hasta el final, y con mano segura y mirada imperturbable se salió del camino derecho hacia el abismo. De esto, obviamente, no puede colegirse que se haya tratado de un suicidio; todo lo contrario, es decir, que no pueden sacarse conclusiones apresuradas.

La desolada viuda lloraba incansable bajo un velo de tul negro y, entre inconsolables gritos y alaridos lastimeros, aceptaba los pésames de conocidos, desconocidos y las solícitas consolaciones de los transportistas afiliados a Yungas.

Expresando su incredulidad ante los hechos, argumentaba que todo eso era increíble. Increíble que El Rayo Volador haya volado. Increíble que el Pistón Maravilla que era una auténtica Maravilla, mejor dicho, maravilla, al volante, haya muerto al volante, por la sencilla razón de que eso nunca antes había ocurrido.

Tal, el informe recogido por el destacado investigador, cabo Segundo Pánfilo Arredondo en su vieja libretita de apuntes, donde apuntaba los misterios por resolver.

Como aquí no había ningún misterio que resolver, a pesar de lo sostenido por la viuda, el cabo segundo elevó su informe diciendo que se trataba de un accidente de tránsito común y corriente, donde se descarta la falla humana y sí se toma en cuenta la falla mecánica. Por algo el chofer era una maravilla y el carro un volador.

Sin embargo, la viuda se había dirigido repentinamente y repetidas veces a la sección de delitos contra la propiedad, a hacer la denuncia, pues, decía, se trataba de SU marido. Luego a la sección de homicidios y finalmente a la de adivinación, a la vuelta de la

esquina donde un yati-ri veía en coca, sin obtener mayor resultado que ser enviada de nuevo al escritorio del cabo segundo Pánfilo Arredondo. Entonces, por segunda vez, el cabo segundo fue asignado al caso, y fue así como, en su libretita, fue reconstruyendo la historia de don Pistón Maravilla.

El caso es que desde la noche misma del accidente, o quizá un poco después, la viuda empezó a escuchar voces que nada le decían y a recibir mensajes en papelitos que aparecían debajo de la puerta. El primero decía: En este valle de lágrimas, grave es el peso de la propia conciencia. Lo decía en latín: In hac lacrymarum valle, grave ipsius conscientiae pondus. Inmediatamente interpretado como: Aquí todos estamos jodidos.

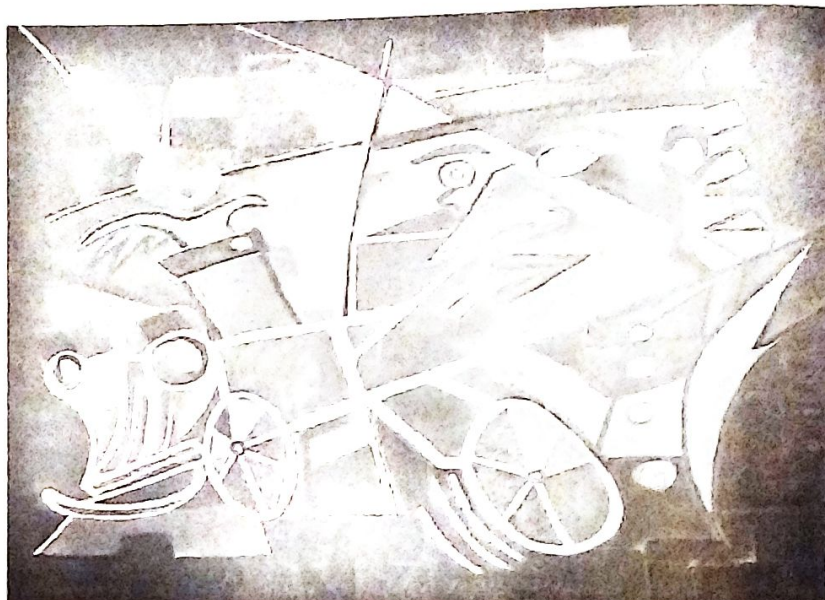
El segundo, que llegó poco después: coquita, lejía, k'uyunitas y traguito mándame, mándame. No ponía dirección.

El tercero era escueto, aunque tenía pinta de anuncio de diario: Necesito espiedero y brostüsero. Sin precisar nunca, si se refería a un operario (o dos), o a un artulugio. Y así sucesivamente.

Consternada, la viuda se había paseado por las oficinas de la policía con los papelitos en mano y ni un pinche grafólogo se dignó nunca hacerle caso, a ella, que a golpes de fortuna y tambor se había forjado un sólido prestigio de comerciante en el rubro de las herramientas de construcción y de demolición, así como de topos, aretes y demás joyas para ocasiones como la fiesta del Señor del Gran Poder, amén de su tambo con más de 100 variedades de papa a la vista.

La hipótesis era que, o don Pistón no había muerto y estaba secuestrado por mal vivientes, o desde el más allá enviaba esos papelitos de alma en pena reclamando atención, habida cuenta de que no estaba sepultado.

La viuda se inclinaba por la primera de las hipótesis, aunque el cabo segundo, más racional, por la segunda. A fin de desechar ya sea la una o la otra, el oficial Arredondo hizo un exhaustivo acopio de información que incluía la revisión minuciosa de la casa y las pertenencias de don Pistón. Así encontró el cuerno de toro lleno de mixtura, el traje de moreno sin estrenar, el arcón de monedas de la época de la devaluación y mil chucherías inclasificables entre las



que destacaban docenas de casetes grabados con su voz.

Don Pistón, en sus ratos muertos, o sea, cuando aún vivía, ya en La Paz, en su casa de Villa Ingenio, ya en los Yungas, a la sombra de algún árbol, mientras digería algún picante de chanchito, chochlo y chicha, se consagraba a la infinita tarea de tramar un diccionario de aimara castellano y castellano aimara con énfasis en el latín, en dos volúmenes respectivamente, para que, según sus propias palabras, de una buena vez, gran parte de la población boliviana pudiera entenderse de una buena vez, acotaba.

Su ambición era hacer el diccionario más grande del mundo, donde todas las palabras existentes o no habientes tuvieran cabida (y de qué manera!, ¿y de qué manera? Pues trabajando en eso por varios años, mientras se decidía por una escuela nocturna dónde ingresar para aprender a escribir y poder poner su diccionario por escrito, como debe de ser, cuando el accidental accidente lo privó de toda posibilidad de continuar y truncó aquella loable empresa frustrando futuras generaciones (de diccionario).

Puesto que nunca había escrito una sola línea y, ya se sabe, no por falta de papel, aquel gigantesco diccionario tuvo que ser escrito íntegramente por su hijo aquí presente, el joven Filisteo Maravilla.

Filisteo lo escribió desde el principio, pasando por el medio y terminando al final: la publicación del mismo, en un número de 150.000 ejemplares que el número de pasajeros que cruzan por aquel camino en un año redondo, según sus propios cálculos, nada optimistas, sino todo lo contrario, sólo realista.

Fue así que una tarde cualquiera (la del 6

de agosto), nadie sabe cómo, Filisteo subió a una flota en movimiento y empezó a ofrecer el mentado diccionario. Sabido es, decía, que una mano lava la otra y las dos lavan la cara y la cara tiene ojos, que son para leer, y qué mejor que este diccionario hecho por alguien que conocía como nadie ese camino. Y ponía ejemplos: Te voy a poner un ejemplo, hasta dos ejemplos. Primer ejemplo, por ejemplo: Jaqhsña mätsña quiere decir: hablar doblemente, dando a entender una cosa, queriendo otra. Segundo ejemplo, por ejemplo, como muchos están aquí: ikikataña, que quiere decir dormir reclinando la cabeza o arrojándola; o ikikipa ikiruna, que quiere decir: dormir a un lado y otro como uno que le rempujan y vuelve a dormir, o k'aywaxña, que quiere decir dar vaivenes con la cabeza a un lado y otro.

Así fue conociendo a quienes habían sido pasajeros de su padre. Primero los dos gnngos que le compraron el diccionario diciéndole: Tou padre ser ou estar un buen chofer. Una señora del Alto que iba a los Yungas a ver a su marido y conversaba con don Pistón mientras tejía: Tan bueno era tu papá, a todos recogía en el camino y paraba donde querían bajarse. Maestrillo, me vas a dejar donde me quede ¿ya? Y él le hacía caso. Me lo vas a saludar hijito. ¡Pero señora, ya le he dicho que se ha muerto! Ay qué pena. Y seguía tejiendo.

También conoció al soldado de la patria Salustio Mamani, ya licenciado, que los domingos tomaba el minibús de don Pistón para volver al cuartel después del franco. Bien bueno era tu papá, cuando no tenía plata me llevaba nomás y a los otros pasajeros les decía: Soldadito es pues, largado anda.

Y hasta pudo conocer a don Desco Achata, el descomunal Achata, mecánico de profesión que había acudido en su auxilio tras el nefasto. No había nada que hacer Filisteo -le palmó el hombro- cuando llegó ese auto ya era inmarcesible.

En esas andaba Filisteo Maravilla, o sea, lucrando con el esfuerzo de su padre, como le decía su madre, a lo que él contestaba recordándole quien en realidad había escrito el diccionario, cuando llegó un último papito que vino a solucionar de una buena vez el misterio. Decía: ya se acerca noviembre hija, no te olvides de mí. De lo cual si pudieron colegir que don Pistón Maravilla estaba bien muerto y reclamaba las justas celebraciones para el día de los difuntos.

Promptamente se dieron instrucciones y todos se pusieron manos a la obra. Había que hornear tanta wawas, hacer panales, comprar chicha, amasar masitas de todas las formas, trenzar coronas, decorar mesas y edificar una tumba memorable, faraónica con un letrero de neón en lo alto: P.M. Feliz día.

Llegado el día abrieron la casa a multitud de niños rezadores, cuando la viuda cayó en cuenta de que habían mal interpretado el mensaje y por ende la celebración. En realidad, don Pistón no era un muerto cualquiera, sino lo contrario, todo un personaje; entonces, la fiesta que en realidad se merecía era la de las ñaútas, o sea, una semana después, no por nada en vida había sido un auténtico calavera que había esperado a estar muerto para poder escribir.

Se desbarató la tumba, se puso en fuga a coreadores y suplicantes y el Filisteo contrató a toda prisa los servicios de un renombrado bordador de la calle Los Andes para

que confeccionara sin dilación un estandarte negro de letras plateadas. A devoción de la Naita Maravilla.

La viuda en persona supervisó los preparativos de la sonada fiesta y, el viernes por la noche, salió a ocuparse, por último, de lo más importante. Cuatro días antes le había telegrafado por internet a su comadre en Coroto, para que contrate al negro Juárez Bosco, conocido ritualista yungueño para que mediante sus oscuros oficios dé de una buena vez con el paradero del difunto y proceda a rescatar su calavera de las profundidades de la selva. Dicho y hecho, a las 12 de la noche, en un apartado paraje de Pampahasi le fue entregado un bulto que contenía la huesuda de don Pistón.

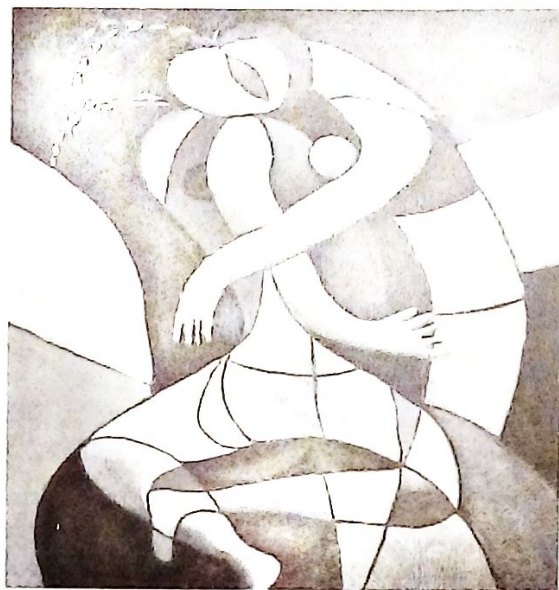
Y fue así como esa soleada mañana de noviembre la viuda, el Filisteo, el cabo Segundo Arredondo y un largo etcétera de parientes, amigos y conocidos salieron del Cementerio General enarbolando un llamante estandarte y portando una pulida calavera en urna de plata, decorada con palabras en aimara y su correspondiente traducción al castellano, rumbo al local de fiestas "La Roma Inmortal", recibiendo una lluvia de pétalos de flores arrojados con fe y entusiasmo por la multitud de luto que colmaba las avenidas. Un verdadero final feliz pensó el cabo Arredondo. ¿Verdad que sí?, le respondió la viuda como si lo hubiese oído.

Benjamín Chávez Camacho.

Santa Cruz, 1971

**Miembro del Consejo Editor de
"El Duende".**

D.H. Lawrence *



[El poder evocador]

El poder evocador de las llamadas palabras obscenas tiene que haber sido muy peligroso para las naturalezas oscuras, de mente embotada, violentas, de la Edad Media, y tal vez todavía hoy demasiado fuerte para las naturalezas de corta mente, medio despiertas. [...] En el pasado, el hombre era de mente demasiado débil, o demasiado cruda, para contemplar su propio cuerpo físico o sus funciones físicas sin verse completamente turbado por reacciones físicas que le superaban. Ya no ocurre así. La cultura y la civilización nos han enseñado a separar las reacciones. Actualmente sabemos que al pensamiento no le sigue necesariamente el acto.

En realidad, pensamiento y acción, palabra y hecho, son dos formas separadas de conciencias, dos vidas separadas que llevamos. Necesitamos profundamente mantener una conexión entre ellas. Pero mientras pensamos no actuamos, y mientras actuamos no pensamos [...]. Ambas condiciones, el pensamiento y la acción, son mutuamente excluyentes. Pero han de guardar armonía entre sí.

Y no es otra la cuestión planteada por este libro. Quiero que los hombres y las mujeres sean capaces de pensar el sexo plenamente, completamente, honestamente y limpiamente.

[Lejos de mí]

Lejos de mí querer sugerir que todas las mujeres tengan que ir corriendo a buscar pastores como amantes. Lejos de mí que van corriendo tras de nadie. Muchos hombres y mujeres son hoy más felices cuando se abstienen y mantienen al margen sexualmente, totalmente limpios; y al propio tiempo comprenden y aprecian el sexo más plenamente. Nuestros tiempos son más de comprensión que de acción. Ha habido en el pasado tanta acción, sobre todo acción sexual, repetición tediosa una y otra vez, sin ningún pensamiento que la acompañase, sin ninguna comprensión e identificación. Actualmente nuestra labor es recuperar el sexo. La plena aprehensión concien-

te del sexo es más importante todavía que el acto mismo. [...] Porque nuestros antepasados han actuado sexualmente con tal asiduidad sin ni siquiera pensarlo o comprenderlo, que actualmente el acto tiene a ser mecánico, sin aliciente, decepcionante, y sólo una nueva comprensión mental renueva la experiencia.

*** D.H. Lawrence. Inglaterra,
1885 - Francia, 1930.
Poeta y novelista.**

De "Gajes del oficio"
seleccionado por Della Juárez G.





Lugones y lo helénico

El capítulo que aparece a continuación forma parte del libro "Leopoldo Lugones" (1960) por Jorge Luis Borges y Betina Guillermina Edelberg. Esboza un principio de orientación acerca de la obra del poeta, ensayista, periodista y político argentino Lugones (1874-1938)

El amor de lo helénico acompañó siempre a Lugones. En una conferencia pronunciada en 1915, refirió que en "la gracia moderada" de las colinas de Córdoba, en "la vivacidad de su aire seco y transparente" y en los ríos "de sonora delgadez" había presentado el paisaje griego.

Ya hemos dicho que los poetas del modernismo admiraban a Grecia; esta admiración que en la mayoría se redujo al manejo retórico de algunos temas o palabras, fue genuina en Lugones. Lo llevó a estudiar la mitología, las costumbres, las artes, y aun los dialectos.

Prometeo (1910) forma parte del homenaje que Lugones quiso tributar a la patria, en su centenario. Es significativo que el tema central de este libro sean las ideas griegas: Lugones, en el prólogo, afirma que éstas "constituyen el fundamento de la civilización a la cual pertenecemos". El cristianismo, considerado por Lugones una religión oriental, ha oscurecido nuestra vinculación con la cultura helénica. Lugones quiere recordar a los argentinos este lejano origen y contribuir a la formación de "lo que ahora nos falta: una civilización, una moral y un culto". En 1910 pensó que esa Argentina que se afamaba con su progreso material valía mucho menos que la otra que atravesó los Andes, creó repúblicas y fundó la libertad "con su miseria generosa". Querría que nuestro segundo siglo de historia organizara un nuevo tipo de vida basada en lo espiritual.

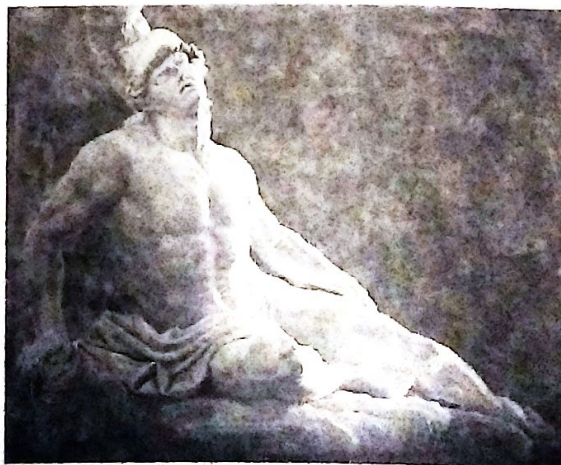
Prometeo es una exposición y una interpretación de la mitología griega. Lugones rechaza la tendencia, entonces en auge, a ver en los fenómenos naturales el fundamento de los mitos, desentraña o quiere desentrañar la parte de verdad que en ellos se oculta. En el capítulo titulado *Un proscrito del sol*, niega que el descubrimiento del fuego sea el tema esencial del mito de Prometeo. Otros capítulos analizan el arte, las costumbres y las instituciones. En algunos pasajes de la obra asoma el influjo de las doctrinas teosóficas. Lugones, en este libro, reverencia una vez más a Platón.

En 1915 publicó *El ejército de la Ilíada*, que reproduce una conferencia pronunciada siete años antes en el Círculo Militar.

Con los apuntes de unas conferencias dictadas en la Universidad de Tucumán en 1915, compone el libro *Las industrias de Atenas*, que apareció en 1919. El trabajo

ateniense, la cerámica, la construcción de las flautas y la industria de la miel son los temas principales. Como de costumbre, Lugones emplea con un propósito aleccionador las analogías de lo griego con lo argentino. Señala, entre otras cosas, que el pueblo ateniense, como el nuestro, se formó por inmigración: "Atenas fue un resultado de la tolerancia y

hospitalidad con que supo acoger en el suelo ateco a los emigrantes corridos por la invasión dórica". En otra disertación observa un parecido local: se refiere a "la industria de la miel que, como se sabe, era el azúcar de los antiguos. Reviste, pues, una especial importancia para Tucumán donde también existe una civilización de la dulzura..."



Aquiles

Estudios helénicos (1923) y *Nuevos estudios helénicos* (1928) reúnen varios trabajos dedicados a los poemas homéricos e incluyen traducciones del texto original en alejandrinos rimados. Se recordará que en el prólogo del *Libro sentimental*, Lugones había afirmado que la rima es el elemento esencial del verso moderno; en *Estudios helénicos* aclara que ésta reemplazó al ritmo o cantidad prosódica del verso antiguo. La elección del alejandrino se debe a que Lugones lo consideraba el "hexámetro romanceado". Ese metro le permitió mantener en su traducción el mismo número de versos del original.

"Tengo la convicción —escribe Lugones— de que mi comentario es interesante y de que mis traducciones son buenas". Acaso le parecieron buenas porque en cada palabra seguía oyendo el texto original, tal ilusión es frecuente en los traductores, y casi inevitable. Esa iluminación indirecta no alcanza al lector, que no ve sino el resultado último del trabajo.

Más atento al significado de las palabras que a su valor estético, Lugones las combinaba y las prodigaba con extraña insensibilidad. Construía así dificultosos pasajes como éste:

—Oh hermano, el rauda Aquiles te acusa grandemente.

Con pie veloz, en torno de la ciudad de Priamo.

Mas, ea, detengámonos ya y hagámonos frente.

Contéstole el grande Héctor del casco tremolante

—Siempre fuiste, Deífobo, mi hermano más querido

Entre los que hijos de Hécuba y Priamo hemos sido;

Pero aún sabrá mi estima crecer en adelante,

Pues a dejar los muros por mí te has atrevido

Al ver mi riesgo, mientras los demás se quedaron,

Y la ojizarca Atena díjole:

—Hermano, es cierto

Que padre, augusta madre y amigos abrazaron

Mis rodillas rodeándome, y hurto me suplicaron

Quedase allá (pues todos de terror están vertos)

(Ilíada, canto XXII)

Estudios helénicos y Nuevos estudios helénicos proceden de conferencias dictadas en Buenos Aires.



La comunión de los santos

* Guillermo Sheridan

Yo era sólo aquello que tocaste con tu mano (Iosif Brodsky)

Varvara Vinogradova! Su nombre, que creía inolvidable, reapareció en un viejo diario de viaje. El nombre convocó su rostro: los infinitos ojos de un azul inverosímil, peces tropicales en una pecera pálida. Rubor tímido en los altos pómulos, cejas de golondrina, el moño sensual de una *bocca baciata* prerrafaelita. Y enmarcando esa belleza nevada, la tormenta líquida de una cabellera como alas de cuervo. La vi siete noches seguidas, a la misma hora y en el mismo sitio. Las siete veces me dije con reverencia sofocada: "Varvara Vinogradova...!"

Llegué de Helsinki a la anfibia San Petersburgo -agua, oro, granito, huesos- el 25 de junio de 1999. Yo era entonces un caos, y Rusia otro: no había dinero y se pagaba en "unidades", todo mercado era negro; guerra en Chechenia; políticos y prestanombres retacándose las bolsas; escasez y hambruna; Yeltsin unos días muy borracho y otros días nomás borracho.

Había pagado a buen precio una semana en el Grand Hotel Europe. El legendario edificio de la perspectiva Nevski conservaba una cachondez decrepita de archiduquesa desvelada. Apenas me instalé salí al mediodía fulgurante y reté al verano más ardiente en la memoria de la ciudad. La humedad hervía en el aire. Cada media hora, una gota de bronce derretido caía de la mano de Pushkin. Los niños retozaban en las fuentes verdes.

Afuera de la catedral de Kazán, en su preciosa plaza, un muchacho altanero como un héroe cosaco cabalgaba semidesnudo un caballo cubezón, a pelo, cascando chispas alrededor de una hotella gigante de Gatorade. Un letrero en inglés cojitranco anunciaba un coro masculino que cantaría en media hora. Comencé a levantar una estadística científica: de cada diez mujeres, tres eran guapas, tres eran hermosas y tres eran divinas (la restante siempre era una *habushka* idéntica a Brezhnev). Ya en la relativa frescura de la catedral, sobre el coro de bajos telúricos, noté conmovido sobre el alma turbulenta de la Madre Rusia.

Me pasé la semana escuchando coros, mirando *matisses* danzantes y grecos diluidos, caminando plazas, calles, puentes, visitando iglesias de merengue y piruli, asistiendo a misa con tal de montarme, adviniendo, en la nota final de cada salmo: fui a llorar a Leningrado; visité escenarios de novelas; fui a los museos de Ajmátova y Dostoyevsky; a la casa de Nobokov y a otra, con su placa nuevecita: "En esta casa vivió el gran poeta Iosif Aleksandrovich Brodsky".



con su perfil de "parásito social"...

Acababa deshilachado y extinto, sudando borseh y cerveza, engullendo aire acondicionado. Pero todas las noches (según el reloj, no la insomne luz anaranjada), luego de una ducha tibia, me revivía el asombro de mirar de nuevo a la *gradiva* Varvara Vinogradova recibiendo en el restaurante ruso, vestida como una princesa de Iván Bilibin.

Usaba una sonrisa melancólica, resignada al pismo que su belleza causaba en hombres, mujeres y estatuas. La primera noche me saludó en un francés de pianola, me instaló y desapareció tras los músicos que hacían patria serruchando balalaikas. En la mesa, una hoja elegante explicaba los platillos y mostraba al chef y a su personal en cirílico y latino. (Ahí me aprendí su nombre dionisiaco). Regresó con la carta y una cortesía: una copita de vodka rosado en un plato con dos cerezas negras. La mesa, el vodka y las cerezas, su saludo y su sonrisa triste, idénticas cada noche...

Conía platillos inescrutables (betabeles pomposos, ignotos mamíferos), escuchaba el equivalente ruso de una estudiantina y leía *Saint Petersburg: A cultural history* (1995), tomazo formidable de Solomon Volkov. O fingía leer: en realidad oteaba en el horizonte las velas fortuitas de la fragata *Vinogradova*. La convertí en Anna Sergeyevna, en Lara, en Marina Basmanova, en Margarita; me inventé historias bobas con trineos y gulags en las que, montado en un guriñón llamado Ossip, la rescataba de un tártaro perverso, un gato luciferino o un *kamissar* particularmente perverso...

Había guardado el necesario paseo por los canales para el último día. Contraté en el Neva una lancha a cargo de un capitán que traía a su hijito de grumete, un hermoso ángel que me servía copa tras copa de champán mujadera y la cohraba de inmediato. Juntos, padre e hijo, sopranino y barítono, cantaban aires boleros con bastante gracia (incluyendo *Kalinka*: ¿copos de nieve a 38 grados?).

Llegué exaltado y patético al hotel. Limpio y lustroso llegué a mi cita imaginaria.

Más que preguntarlo, rompiendo por primera vez su protocolo milimétrico, Varvara Vinogradova aseveró que era mi última noche. Lamentablemente, dije, y sus ojos atlánticos se apiadaron de nosotros. Luego vino mi regalo. Regresó con la carta, la copita de vodka y las cerezas. Pero esta vez, con los ojos fijos en mí, se comió una cereza y me puso la otra en la boca. Después tomó la copa delicadamente y puso el borde en sus labios. Cuando me la pasó toqué sus dedos, tan fríos como el cristal, unos largos segundos.

Su sonrisa triste se quedó conmigo; ella desapareció para siempre.

* Guillermo Sheridan.
Escritor, editorialista
y académico mexicano (1950).

Por tus palabras serás absuelto como justo, y por tus palabras serás condenado

* Georgette de Camacho

7El instrumento más poderoso de la comunicación humana es el lenguaje, resultado de la cooperación y la herencia continua que nos ofrece la especie.

A través de los tiempos, el hombre ha desarrollado, además de un perfeccionado sistema articulado de voces, señales expresivas que, de diferentes modos, le han permitido comunicarse con otros semejantes a quienes no llega directamente el eco de su voz, ni en el tiempo, ni en el espacio. Por eso, son válidas —nos dice S. I. Hayakawa— todas las marcas significativas, aun las más primitivas, tales como árboles señalizados, grutas con pinturas rupestres, tablas y papiros heredados del pasado. Los seres que saben leer y escribir son beneficiarios de esa inmensa tradición y están en condiciones de acumular vastos depósitos de saber, resultado de toda una experiencia colectiva que, en los tiempos modernos, se difunde ampliamente gracias a la imprenta y los actuales medios de comunicación masiva.

La capacidad simbolizadora

Una característica esencial en el ser humano, desde el más primario hasta el completamente contemporáneo, en relación no solamente al lenguaje, sino a su configuración significativa del mundo, radica en la capacidad simbolizadora. Dice Susan Langer al respecto: *"Esta necesidad básica que sólo se observa en el hombre... la función simbólica, es una de las actividades primarias, como comer, mirar o moverse"*. Es el discurrir fundamental de la mente que se prolonga perpetuamente. Y así ocurre. En efecto, nos desenvolvemos hasta en las cosas más prosaicas a través de símbolos. El dinero, las acciones o los títulos de propiedad no son más que papeles que simbolizan riqueza. Donde volvamos la mirada observaremos procesos simbólicos: las insignias, los anillos, recordatorios, los emblemas cívicos o religiosos; la forma de peinarse; el tipo de automóvil; el barrio en que se vive; el lugar de vacaciones; la vestimenta que usa el elegante ejecutivo o las enfermeras, los policías, los militares, los obreros, los médicos y los cardenales, expresa simbólicamente determinado oficio, la valoración y posición social u otros datos esenciales de la vida colectiva.

Puede, por consiguiente, denominarse proceso simbólico el que siguen los seres humanos para hacer que *"unas cosas representen caprichosamente a otras"*. Esta complicación que únicamente se da en el género humano produce muchas veces comportamientos absurdos, pero hace también posible

el lenguaje y, por tanto, las enormes realizaciones que de él dependen.

El lenguaje es la forma más complicada, desarrollada y sutil del fenómeno simbolizador, ya que no hay relación necesaria entre el símbolo (la palabra) y la cosa que designa. Así, la mesa, bien pudo llamarse silla; el sol, luna; o la casa, monte. Es gracias a una larguísima transformación de carácter convencional que arribamos a la representación del lenguaje, el que, a su vez, interpreta las experiencias vivenciales y mentales, así como la cosmovisión humana.

El poder secreto de la palabra

Merced a importantes y rigurosos estudios lingüísticos, se conocen hoy en día infinidad de funciones, aplicaciones, intenciones, fines, proyecciones o manipulaciones del lenguaje. Uno de los aspectos más interesantes es saber reconocer *"no sólo el poder directo, sino el poder secreto de la palabra"*. Tan minucioso y revelador trabajo se consuma magistralmente en la literatura y es ella la que nos introduce en la experiencia de la sensación y la intensidad de vivir a través del amor, la amistad, la comunión entre los hombres, condición que surge básicamente de los numerosos usos afectivos de las lenguas. Por ejemplo, en la elocuencia, en las frases musicales que encantan y hechizan, o en la repetición de palabras análogas:

*Primero en la guerra
primero en la paz*

primero en el corazón de sus connacionales
Formas éstas que mueven los estereotipos emocionales capaces de extender su influencia en la dirección buscada.

También mediante las metáforas, comparaciones o alusiones que forman parte de la creatividad simbolizadora, expresamos la porción afectiva de nuestro hablar. Decimos: la falda de la montaña; la cola del piano; las entrañas del volcán; la cortina de humo de un discurso. Pero es justamente en la actividad poética donde la capacidad metafórica surge desde el ángulo objetivamente disparatado, aunque emocionalmente lleno de expresividad:

*Albor, El horizonte
entreabre sus pestañas
y empieza a ver
(Jorge Guillén)*

Así, es en la literatura donde la función afectiva del lenguaje surge con extraordinaria riqueza, a plenitud, y en cuyo específico campo la expresión de los sentimientos personales resulta fundamental.

Vigor social de la literatura

En el terreno que une armónicamente creación artística verbal con la atribución afectiva de las palabras, se producen infinidad de fenómenos. Uno de los más interesantes es aquel que califica a las grandes obras clásicas de científicamente comprobables, es, es decir, que les reconoce un valor para la sobrevivencia.

Tal ocurre con las obras de Virgilio, Dante, Lope de Vega, o con los poemas de Homero, Donne, Whitman, Machado o Baudelaire. Esto nos induce a comprender que las creaciones de los escritores valen como efecto de una actividad organizada históricamente, en cooperación, y que son capaces de provocar en los lectores actitudes de profunda comprensión, no sólo respecto de ellos mismos, sino de sus semejantes, hecho que redundará en la humanidad entera.

Es por ello que quienes leyeron buena literatura han vivido y se han enriquecido espiritualmente en mayor grado que aquellos que no lo han hecho.

Gracias a Cervantes, por ejemplo, sentimos los más nobles ideales enfrentados a la ordinariéz de la existencia. Con Faulkner penetramos en la oscura y compleja realidad del sureño norteamericano y, por ende, del hombre en general. Borges nos sumerge en profundos viajes intelectuales. A su vez, Alejandro Carpentier obliga a navegar en aguas densamente barrocas y Byron nos transporta en *"alas de rebeldía neurótica"* contra una sociedad decadente. Felizmente son muy numerosas las oportunidades de compenetrarnos con extraordinarios y, a la vez, únicos mundos literarios que nos permiten sentir a plenitud, para mejorar la existencia.



Estamos, en consecuencia, frente a uno de los efectos principales de la comunicación afectiva, que obliga a vivir con vertiginosa energía muchas vidas. Sabiendo leer y asimilar experimentamos cuantas existencias que-ramos. ¡Vivimos a través de las palabras, las heroicas e intensas vidas de los demás!

Renovación del lenguaje

Pero, en un mundo sobrecargado de pragmatismo y avaricia mercantilista ha sido desfigurado el rostro del sistema simbolizador universal. El afán comercial de los anuncios publicitarios, sobre todo de aquellos que expresan las imágenes del amor, la felicidad, la alegría, la naturaleza o la patria, aparecen huecos de contenido. constituye, por tanto, un enorme desafío para los poetas contemporáneos tener que reinventar un sistema de señales alternas o, como dilema, buscar en lo exótico o fundamentalmente oscuro y hermético nuevos valores con trascendencia universal. Tal el caso de los elogios poéticos al budismo Zen o a la nada.

Un poema debiera ser palpable y mudo como una fruta henchida...

Un poema no debiera decir

Sino ser

(Archibald Macleish)

Recorriendo todos los tiempos y a través de las diversas sociedades, como diría Shelley los poetas son los legisladores anónimos del mundo, porque tienen la capacidad de juzgar y crear a la vez, mediante su don de percepción y sensibilidad, nuevas maneras de expresión, nuevas imágenes con suficiente fuerza para reflejar lo perenne (pero, a la vez, lo eterno e inamovible) que va experimentando el universo.

Si los poetas eternizan significaciones esenciales del humano vivir, también es cierto que, ejercitando su visión "creadoramente deformante", confieren nueva vida a la palabra, inventando vocablos que expresan de modo inédito su peculiar manera de sentir; esto enriquece, valoriza y vigoriza nuestra concepción emocional e intelectual.

El poeta, en una especie de dislocación absurda del discurso racional (antidiscursivo), vuelve a organizar su texto para intensificar la capacidad denotativa del mensaje, valo-

rizándolo, con múltiples posibilidades interpretativas (Susana Reisz). A ello suma la aproximación consciente del verso a otras artes no verbales, como la música que logra atributos capaces de dar relieve al lado concreto y sensorial de los vocablos a fin de conseguir efectos acústicos y proporcionar, así, información adicional a la propiamente lingüística.

"Lo que llamo imaginación auditiva, es el sentimiento de la sílaba y el ritmo que penetra mucho más hondo que los niveles conscientes del pensamiento y de la sensación, dando vigor a cada palabra, que se hunde en lo más primitivo y olvidado, regresa al origen y devuelve algo, buscando el principio y el fin..."

(T.S. Eliot)

La fácil comunicación, la herencia cultural, la posibilidad de generar una existencia creativa y satisfactoria, la ocasión de provocar sentimientos innovadores y desconocidos, la vehemencia en nuestros intereses y complacencias, conducen hacia una vida proyectada, sin límites, en el horizonte de las esencias y los contenidos profundos.

El lenguaje es social y, por tanto, proceso comunicativo. Se trata de un mecanismo fundamental para la supervivencia humana, con posibilidad, muchas veces, de generar conflictos o desacuerdos, pero también de anular enconos o de impulsar la cooperación entre los hombres. Desde el punto de vista ético y racional debe ser empleado no como un arma destructora, sino como un instrumento de unión universal.

A estos fines últimos conduce, sin duda alguna, el lenguaje literario.

"Pero yo os digo que de toda palabra ociosa que hablen los hombres, darán razón en el día del juicio. Porque por tus palabras serás absuelto como justo, y por tus palabras serás condenado"

Mateo, 12:36-37

*** Georgette de Camacho. Escritora. Académica de la Lengua.**

De su libro "¿Crees en fantasmas...? No, pero les temo. Ensayos literarios" 1991

Khalil Gibran *

La justicia



En la casa de Emir se festejaba, cierta noche, una boda. Cuando la gente entraba y salía, en grupos, súbitamente se divisó a un hombre abrirse paso y adelantarse hacia el Emir. Saludó con humildad y veneración. Los concurrentes lo miraron con estupor porque llevaba un ojo reventado, de cuya cuenca manaba sangre en abundancia.

—¿Qué te ha ocurrido, amigo? —le preguntó el Emir.

—Yo soy un ladrón, mi Emir —respondió el hombre—. Anoche, aprovechando la oscuridad como de costumbre, me dirigí a la casa de uno de tus banqueros para robarle, y mientras me encaramaba en el muro para entrar en la casa del cambista, sufrí un error, y entré, sin saber cómo, en la casa del tejedor. Lo advertí y salí huyendo en aquella temible oscuridad. Como nada distinguía, dado lo oscuro que estaba el cielo, tropecé con el telar del

tejedor y me reventé un ojo. Ahora vengo, mi Emir, a pedirte justicia contra el dueño del telar.

Mandó el Emir en busca del tejedor y una vez en su presencia ordenó que se le arrancara un ojo. El tejedor habló así:

—Es muy justa tu sentencia, mi Emir, porque comprendo que la justicia prescribe que me sea arrancado uno de mis dos ojos; pero tú no ignoras, Emir mío, que yo necesito en mi oficio los dos ojos para ver los dos lados de la pieza que yo tejo. Ahora bien; tengo un vecino zapatero con dos ojos, como yo, el cual en su oficio puede prescindir de uno, sin perjudicarse en nada. Llámalo y arráncale un ojo, y así habrás defendido la ley.

Ordenó entonces el Emir que fuera conducido el zapatero a su diván y en el acto mandó que le vaciaran un ojo.

Y así se defendió la justicia.

Vía Crucis

Siete veces he reprochado a mi alma. La primera vez cuando intentó llegar a los altos cargos por vía de la humillación.

La segunda vez cuando cojeó hasta los inválidos.

La tercera vez cuando al someter a su elección entre lo difícil y lo fácil eligió esto último.

La cuarta vez cuando erró y se consoló con los yerros de otros.

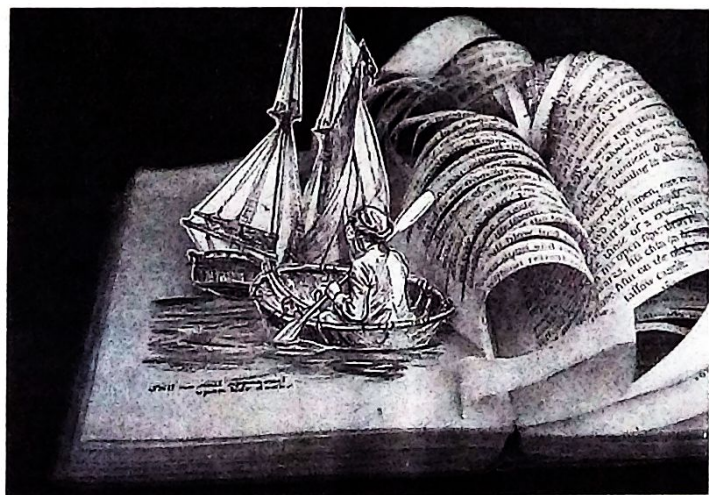
La quinta vez cuando se armó de

paciencia por debilidad y atribuyó su paciencia a la firmeza.

La sexta vez cuando levantó su falda del lodo de la vida.

La séptima vez cuando salmodió ante Dios y creyó que el canto de los salmos era una virtud en ella.

*** Khalil Gibran. Líbano 1883-1931. Poeta, pintor, novelista y ensayista.**





Antonio Machado

Antonio Machado Ruiz. Poeta español. Nació en Sevilla el 26 de julio de 1875 y falleció exiliado en Colliure el 22 de febrero de 1939 durante la Segunda República Española. Formó parte de la Generación del 98. Ha escrito los poemarios: *Soledades: poesías* (1903); *Soledades. Galerías. Otros poemas* (1907); *Campos de Castilla* (1912); *Páginas escogidas. Poesías completas* (1917); *Poesías* (1917); *Soledades y otras poesías* (1918); *Soledades, galerías y otros poemas* (1919); *Nuevas canciones* (1924); *Poesías completas 1899-1925* (1928); *Poesías completas 1899-1930* (1933); *La tierra de Alvargonzález* (1933); *Poesías completas* (1936); *La guerra 1936-1937* y *Madrid: baluarte de nuestra guerra de independencia* (1937); *La tierra de Alvargonzález* y *Canciones del Alto Duero* (1938).



A Juan Ramón Jiménez

Era una noche del mes
de mayor, azul y serena.
Sobre el agudo ciprés
brillaba la luna llena,
iluminando la fuente
en donde el agua surtía
sollozando intermitente.
Sólo la fuente se oía.
Después, se escuchó el acento
de un oculto ruiseñor.
Quebró una racha de viento
la curva del surtidor.
Y una dulce melodía
vagó por todo el jardín:
entre los mirtos tañía
un músico su violín.
Era un acorde lamento
de juventud y de amor
para la luna y el viento,
el agua y el ruiseñor.
"El jardín tiene una fuente
y la fuente una quimera..."
Cantaba una voz doliente,
alma de la primavera.
Calló la voz y el violín
apagó su melodía.
Quedó la melancolía
vagando por el jardín.
Sólo la fuente se oía

En el entierro de un amigo

Tierra le dieron una tarde horrible
del mes de julio, bajo el sol de fuego.

A un paso de la abierta sepultura,
había rosas de podridos pétalos,
entre geranios de áspera fragancia
y roja flor. El cielo
puro y azul. Corría
un aire fuerte y seco.

De los gruesos cordeles suspendido,
pesadamente, descender hicieron
el ataúd al fondo de la fosa
los dos sepultureros...

Y al reposar sonó con recio golpe,
solemne, en el silencio.

Un golpe de ataúd en tierra es algo
perfectamente serio.

Sobre la negra caja se rompían
los pesados terrones polvorientos...

El aire se llevaba
de la honda fosa el blanquecino aliento.

Y tú, sin sombra ya, duermes y reposa,
larga paz a tus huesos...

Definitivamente,
duermes un sueño tranquilo y verdadero

A don Miguel de Unamuno

Este donquijotesco
don Miguel de Unamuno, fuerte vasco,
lleva el arnés grotesco
y el irrisorio casco
del buen manchego. Don Miguel camina,
jinete de quimérica montura,
metiendo espuela de oro a su locura,
sin miedo de la lengua que malsina.

A un pueblo de arrieros,
lechuzos y tahúres y logreros
dicta lecciones de Caballería.
Y el alma desalmada de su raza,
que bajo el golpe de su férrea maza
aún duerme, puede que despierte un día.

Quiere enseñar el ceño de la duda,
antes de que cabalgue, el caballero;
cual nuevo Hamlet, a mirar desnuda
cerca del corazón la hoja de acero.

Tiene el aliento de una estirpe fuerte
que soñó más allá de sus hogares,
y que el oro buscó tras de los mares.
Él señala la gloria tras la muerte.
Quiere ser fundador, y dice: Creo;
Dios y adelante el ánima española...
Y es tan bueno y mejor que fue Loyola:
sabe a Jesús y escupe al fariseo.

A la muerte de Rubén Darío

Si era toda en tu verso la armonía del mundo,
¿dónde fuiste, Darío, la armonía a buscar?
Jardinero de Hesperia, ruiseñor de los mares,
corazón asombrado de la música astral,
¿te ha llevado Dionysos de su mano al infierno
y con las nuevas rosas triunfantes volverás?
¿Te han herido buscando la soñada Florida,
la fuente de la eterna juventud, capitán?
Que en esta lengua madre la clara historia quede;
corazones de todas las Españas, llorad.
Rubén Darío ha muerto en sus tierras de Oro,
esta nueva nos vino atravesando el mar.
Pongamos, españoles, en un severo mármol,
su nombre, flauta y lira, y una inscripción no más:
Nadie esta lira pulse, si no es el mismo Apolo,
nadie esta flauta suene, si no es el mismo Pan

Mis poetas

El primero es Gonzalo de Berceo llamado,
Gonzalo de Berceo, poeta y peregrino,
que yendo en romería acaeció en un prado,
y a quien los sabios pintan copiando un pergamino.
Trovó a Santo Domingo, trovó a Santa María,
y a San Millán, y a San Lorenzo y Santa Oria,
y dijo: Mi dictado non es de juglaría;
escrito lo tenemos; es verdadera historia.
Su verso es dulce y grave; monótonas hileras
de chopos invernales en donde nada brilla;
renglones como surcos en pardas sementeras,
y lejos, las montañas azules de Castilla.
Él nos cuenta el repaire del romero cansado;
leyendo en santorales y libros de oración,
copiando historias viejas, nos dice su dictado,
mientras le sale afuera la luz del corazón

A don Ramón del Valle-Inclán

Yo era en mis sueños, don Ramón, viajero
del áspero camino, y tú, Caronte
de ojos de llama, el fúnebre barquero
de las revueltas aguas de Aqueronte.
Plúrima barba al pecho te caía.
(Yo quise ver tu manquedad en vano.)
Sobre la negra barca aparecía
tu verde senectud de dios pagano.
Habla, dijiste, y yo: cantar quisiera
loor de tu Don Juan y tu paisaje,
en esta hora de verdad sincera.
Porque faltó mi voz en tu homenaje,
permite que en la pálida ribera
te pague en áureo verso mi burcaje

El avispon

Un loco goza de fama tardía en todo el mundo... salvo en Alemania. Una visita al director de cine Werner Herzog en Hollywood Hills

Jörg Häntzschel

Segunda y última parte

A veces uno piensa que Herzog es como un personaje de dibujos animados que, apriionado y agujereado, se levanta y vuelve a andar. En Nueva York se rompe una pierna al saltar de una ventana. Después pasa el invierno en un Volkswagen escarabajo, con la pierna escayolada y cubierta de papel de periódico para protegerla del frío. En México participa en un rodeo como domador de toros con el nombre de "El Alamein", aunque no sabe ni siquiera montar a caballo. Y no hay nada que le guste más que contar esas historias en sus películas, las suyas y las de otras almas afines a él.

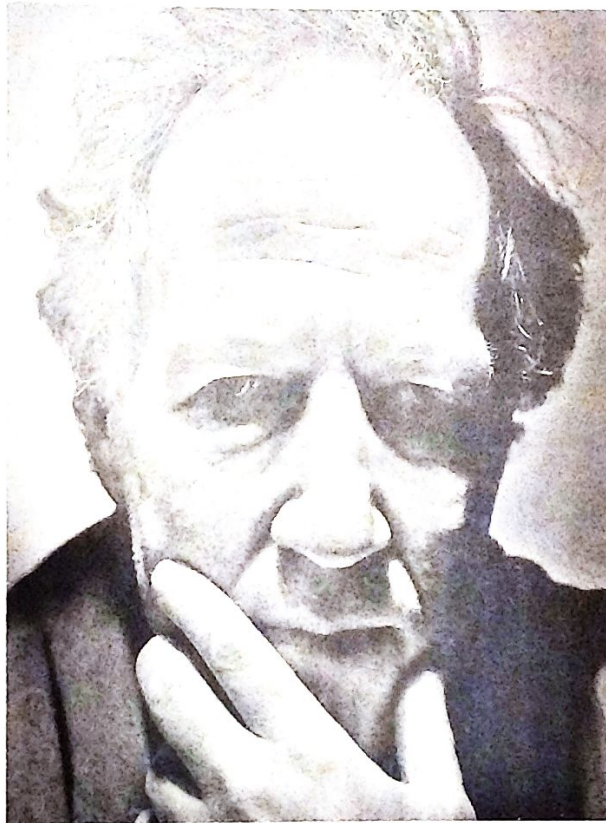
En *Grizzly Man* reconstruye los últimos meses en la vida de un hombre que vivía entre osos hasta que uno de ellos un día lo despedaza. Para *Las lecciones en la oscuridad* visitó a los bomberos que apagaron los pozos de petróleo incendiados por las tropas de Saddam. En *Encuentros en el fin del mundo* estuvo con los buceadores de aguas profundas de la Antártida. "La curiosidad me lleva a encontrar a gente que da vueltas a sus problemas de relación en el sofá".

Tampoco quiere ver esas cosas en las películas de sus discípulos. Si no, no hubiese exhortado a los asistentes a su primer seminario sobre cine en enero de 2010 en Los Ángeles a leer: "¡Leed, leed, leed, leed! ¡Quien no lee no llegará nunca a ser un buen director!" o no les hubiese enseñado a abrir cerraduras con la ganzúa, una condición para emprender excursiones, la mejor manera, según él, de aprender el oficio de cineasta.

En 1985, cuando recorrió a pie zonas de Alemania del oeste y del este, pasó muchas noches en casas inhabitadas. "La lluvia te está empapando, se hace de noche, y el próximo pueblo queda a doce kilómetros. De repente descubres una cabaña de esquí que sólo se usa una vez al año. En tal situación hay un derecho natural a refugiarse allí. No ocasiono ningún daño. Dejo la cama perfectamente hecha y lavo y seco la vajilla."

Pero Herzog no viaja por viajar, y nada le resulta más ajeno que el escapismo romántico del tipo de *Memorias de África*. Lo que busca con sus películas es una definición de la verdad que tiene primero que arrancar al mundo: "Actualmente estamos enterrados bajo un alud de realidades inventadas. Encuentros inventados en Facebook; imágenes inventadas gracias a Photoshop; la realidad inventada en la red, en la Reality TV; combates inventados en *Wrestlemania*. Tenemos que enfrentarnos a esto. Y tenemos que definir de nuevo qué es hoy la verdad en el cine".

Por eso Herzog compró un barco de verdad para *Fitzcarraldo* y pasó una montaña de verdad arrastrándolo, en lugar de rodar con un modelo de plástico, como le habían sugerido los aterrados jefes de los estudios.



Werner Herzog

Por eso no teme entreverar sus documentales con ficción y escenificación. "No para engañar al público, sino para acceder a una capa más profunda de la verdad que en caso contrario permanecería oculta." la frase "Si estallara ahora una guerra mundial yo no me enteraría", no la pronunció nunca Fini Straubinger, la mujer sorda y ciega que Herzog retrata en *El país del silencio y la oscuridad*. Los especialistas en Kwait no vuelven a encender los pozos petrolíferos tras la extinción de las llamas porque "no pueden vivir sin fuego", sino para quemar de forma controlada una peligrosa mancha de petróleo.

Y en *El pequeño Dieter necesita volar*, Dieter Dengler, el piloto estadounidense de origen alemán que fue abatido sobre Vietnam, no tiene en absoluto la manía de abrir y cerrar puertas continuamente. "Me di cuenta de que en el salón de su casa colgaban muchos cuadros de puertas abiertas y entonces le dije: 'Veniga, Dieter, vamos a rodar'. Es algo inventado y escenificado por mí. Está más allá de la verdad del contable, ¿es la verdad estática de Dieter Dengler?"

Al defender la "verdad estática", la clave de su obra, atrae sobre sí la cólera de sus colegas, que se sienten herederos del *cinéma*

verité, la norma del cine documental. Si se toca el tema, se altera considerablemente: "Hace poco estuve en una discusión pública en Amsterdam. Una mujer proclamaba en medio del aplauso de todos que un documental tenía que ser como una mosca en la pared, que sólo observa, no interviene. Yo no me pude contener y exclamé: ¡No quiero ser una mosca, sino el avispon que pica y extiende el pánico entre la manada de vacas!".

Las "nuevas imágenes" que entremezcla una y otra vez con el realismo de sus películas de ficción tienen el mismo efecto. Sienta a un liliputiense sobre el mayor tocón de árbol del mundo; filma la película de ciencia ficción *La salvaje y azul lejanía* bajo el hielo de la Antártida. E interrumpe la vertiginosa trama de *Teniente corrupto*, un febril drama policíaco con Val Kilmer, Eva Mendes y un Nicolás Cage que hace una memorable creación de una personalidad límite, con irisadas tomas de video de iguanas. "Cuando las vio el productor, me dijo: 'Werner, las iguanas las cortamos, no tienen nada que ver con la historia'. Pero todos los que veían la película hablaban de las iguanas. Así que las dejamos."

No quiere que lo califiquen de artista. "Artistas sólo los hay hoy en el circo: artista

del trapecio, artista del alambre. André Heller ha inventado incluso un artista pedertero. El que emplea todavía hoy la palabra artista se ha quedado estacado en el tiempo en el que las señoritas jóvenes se desmayaban en el sofá y los hombres se batían en duelo con pistolas al alba."

Una vez pasado este arrebato, canta loas al arte con un énfasis que a la mayoría hoy le resultaría embarazoso: "Los mayas y los asirios conocían el 'pathos' humano. Pero el primero que lo hizo visible fue Miguel Ángel en la Capilla Sixtina. Un barco sobre una montaña es asimismo una imagen que nos es familiar a todos. ¡Yo he despertado —como si fuera una vieja y querida conocida— esa imagen en usted! ¡Yo puedo hacer eso! Y eso es lo hermoso de mi trabajo".

Cuando un avión de mercancías dejó a Herzog en la Antártida, donde rodó *Encuentros en el fin del mundo*, llevaba consigo las *Geórgicas* de Virgilio, un libro que le aportó claridad. El clásico es ahora lectura obligada para sus estudiantes de cine. "No sabía nada y no conocía a nadie. ¿Cómo explicar todo un continente en seis semanas?" Decidió imitar a Virgilio: "él no explica nada, no es didáctico. Sólo nombra el esplendor de la colmena y los manzanos y los horrores de la peste. Yo pensé: ¡Nosotros ahora nombramos aquí en el hielo el esplendor de la Antártida! Y las personas cuyos destinos nos conmuevan nos cuentan algo al respecto".

Una de ellas era un conductor de excavadoras búlgaro que había estudiado filosofía y literatura. "Le pregunté qué lo había llevado a la Antártida. Me respondió que ya antes de que supiera leer y escribir su abuela le había hablado de Ulises y los argonautas. Y entonces, dijo: 'Me enamoré del mundo'".

"Casi me quedo de piedra", dice Herzog en el sofá de su bella casa en la pendiente del Laurel Canyon, "pues sabe lo que pensé en ese momento: ¡pero si este conductor de excavadoras soy yo!".

Fin

*** Jörg Häntzschel. 1968.**
Escritor con estudios en
Literatura General y
Comparada, Anglistica y
Romanística.

Tomado de "Humboldt 156"

BARAJA DE TINTA

La obra incansable, brillante y fecunda de Vizcarra Fabre De Juana de Ibarbouru al Presidente René Barrientos

Montevideo, agosto 25 de 1965

Excelentísimo Señor:

Con el derecho que me da mi amor a Bolivia y mi pública adhesión a su causa del río Lauca, a pesar de haberme Chile señalado con el honor de darle mi nombre a su más importante Liceo de Señoritas, me dirijo a V. E. pidiéndole la revisión de la causa del gran poeta Guillermo Vizcarra Fabre separado de su puesto de Agregado Cultural de la Embajada Boliviana en el Uruguay, por decisión de la Junta Militar que V. E. honorablemente preside.

No voy a discutir las razones que han dictado tal resolución, pero sí quiero exponer ante V. E. el dolor y asombro con que aquí se ha recibido ese úkase presidencial, pues tanto Vizcarra como su esposa, han hecho del servir a Bolivia, sin desmayos y con una pasión patriótica que nos ha contagiado a todos, el epicentro de su vida, en todo el país.

Conferencias, difusión de su folclore, creación de un ballet admirable construido

absolutamente con elementos bolivianos y haciendo amar a esa nación tan rica de espíritu y arte como de metales preciosos, es la obra incansable, bondadosa y fecunda de Vizcarra Fabre, inclinando a nuestro pueblo hacia la solución feliz de los problemas del suyo.

Excelentísimo Señor, si todo lo que ha hecho Vizcarra Fabre por su patria merece de ésta un reconocimiento, yo suplico a V. E. que escuche mi voz. Mi marido era jefe del Ejército uruguayo, y aprendí de él que todo militar debe ser justo, máxime cuando la voluntad de Dios lo ha llevado a regir la suerte de sus conciudadanos con un mandato de estricta ecuanimidad y altura de miras.

Excelentísimo Señor, agradezco a V. E. se digne leer esta carta escrita con profunda amistad a su país y fe en V. E.

Lo saludo con el mayor respeto.

Juana de Ibarbouru



René Barrientos Ortuño



Juana de Ibarbouru



Guillermo Vizcarra Fabre

Juana de Ibarbouru, nacida en Montevideo (1895-1979), constituye junto a Gabriela Mistral y Alfonsina Storni, el trío de las grandes voces líricas femeninas de la primera mitad del siglo XX, en América Latina. Tanta fue su popularidad que un grupo de intelectuales latinoamericanos presididos por el mexicano Alfonso Reyes, le rindió un homenaje en 1929, dándole el nombre de "Juana de América".

Es autora entre otras obras de: "Las lenguas del diamante", "El cántaro fresco" y "Raíz salvaje".

René Barrientos Ortuño, nacido en Tarata, Cochabamba (1919-1969). Siendo compañero de fórmula de Paz Estenssoro, una vez efectuadas las elecciones de 1964, y elegido Vicepresidente, dio un golpe de Estado, en noviembre de ese año, gobernando hasta abril de 1969, en que falleció carbonizado en un accidente de helicóptero.

Posiblemente no llevó un poema en su vida escolar y menos militar y de seguro que no tenía la menor idea de quién era Juana de Ibarbouru.

Es probable también que no interviniera en el despido de Vizcarra Fabre, pero tampoco rectificó la desafortunada orden de Cancillería, sugerida por algún enemigo del poeta.

Fuente: "Cartas para comprender la historia de Bolivia" compilado por Mariano Baptista (auspiciado por la Fundación Cultural ZOFRO).